

## CAPITULO VII.

Sigue el Santuario de Guadalupe.

En los momentos mismos en que el carruaje de Landeta marchaba con admirable velocidad hácia el hermoso Santuario de Guadalupe, que se levanta á una legua de la capital, los habitantes todos de México se dirijian al mismo punto dejando desierta la ciudad.

Millares de carruajes de todas formas y categorías, amenazando atropellar á los pedestres transeuntes, se lanzaban fuera de la bulliciosa ciudad.

Las dos calzadas que conducen de México al magnífico Santuario, se veian cubiertas de un gentío inmenso. Allí, buscando la

sombra de los árboles, y respirando una atmósfera de polvo que levantan los caballos, marchan multitud de personas á pié y formando distintos grupos, rezando en todo el camino. Las señoras mayores, son las que hacen cabeza en el rezo, que dura hasta llegar al templo, interrumpiéndolo con frecuencia con la pregunta, *¿á quién miras, niña?* dirijida á alguna de sus hijas al verla de vez en cuando y con disimulo, fijar los ojos en un jóven que, en otro grupo va tambien rezando al lado de su anciano padre, y sin apartar la vista de la consabida niña. Allá otras personas del bajo pueblo, mas devotas del dios Baco que de la oracion dominical, acuden á cada instante al irresistible reclamo de los vendedores de *pulque*, los cuales, colocados en varios puntos del camino, gritan con ronca y destemplada voz: *“onde va la chica (1); pase, amito, cudntas Pecho; dónde va l'otra.”*

Otros caminan de rodillas desde México al Santuario, para cumplir con alguna promesa hecha á la Virgen en alguna afliccion

(1) Cierta medida.

ó grave enfermedad, y al verlos marchar sobre las cortantes piedrecitas, la gente, que generalmente es religiosa y compasiva, se quita bien el rebozo ó bien la frazada, y la extiende en el suelo para que pasen por encima los penitentes, que, sin despegar los labios, continúan marchando de rodillas hasta entrar al mismo templo.

Entre tanto, el coche que conducía á D. Emilio, Inés y Clotilde, caminaba rápidamente, dejando á retaguardia otros cien y cien carruajes de alquiler que caminaban con la pausa que los negocios de palacio.

Los carros y carretones, cubiertos con frazadas que hacían las veces de toldo, iban llenos de alegre gente del bajo pueblo que, al son de la animada *jaranita*, (bandurria) entonaba las graciosas sonatas populares.

Multitud de ginetes de ambos sexos, vestidos con el airoso traje que en el país se usa para montar á caballo, cruzan en todas direcciones el camino sobre briosos corceles.

Los grupos de devotos prosiguen su jornada rezando fervorosamente.

Los pulqueros continúan pregonando el blanco licor extraído del vistoso maguey.

Los mendigos, sentados bajo los árboles que orillan la calzada, imploran con plañidero acento, la caridad de los transeuntes.

Don Emilio, preocupado con la idea del peligro que corría Leopoldo, cuya vida le interesaba para no complicar los males de su protegida, marcha en silencio, reclinado en la testera del coche, meditando en lo que sería mas conveniente hacer en aquellas aflictivas circunstancias.

Desde que el contenido del cuaderno le aseguró de la inocencia de su antiguo amigo, de la honradez del padre de Leopoldo, se había operado en su alma un cambio completo.

A la repugnancia y al despego, sucedió la admiración y el respeto.

Le había creído un malvado, y le veía desprendiéndose de toda su fortuna para no perjudicar en sus intereses al mismo que le acusaba.

Le había creído un usurpador de sus bie-

nes para dejar rica á su familia, y le veia morir en la pobreza, no dejando á Lopoldo por herencia mas que una brillante educacion, una moral intachable y las lágrimas de la anciana mujer que le diera la vida.

Cierto es que Duval le aseguraba que aquel manuscrito no era mas que una superchería inventada por los interesados en unir á Leopoldo con Clotilde; pero ademas de que esto no pasaba de una suposicion, el estilo llano y sencillo en que estaba redactado el escrito, y sobre todo, los sentimientos de su generoso corazon, dispuesto siempre á la indulgencia, abogaban poderosamente por la honra del acusado y argüian inocencia.

Si ésta al fin quedaba resplandeciente, D. Emilio juzgaba como un deber sagrado, imprescindible, volver al hijo de su amigo el capital de que su honrado padre se despojó por un rasgo de delicadeza. Ademas, habia prometido á su hermana en el jardin en caso de quedar incólume el honor de su antiguo amigo, unir á Leopoldo con la hermosa jóven; y en tanto que el asunto del

manuscrito se ventilaba, se creia en el justo deber de dispensarle toda consideracion.

Convencido como estaba de que la salud y la vida de Clotilde dependian del hombre que idolatraba con todas sus potencias, anhelaba verle digno de su mano para que se efectuara, lo mas pronto posible, el deseado enlace.

Por eso ahora al saber que conspira, que le amenaza el peligro de caer en manos de la policia, y que puede ser juzgado como enemigo del gobierno, se inquieta y se asusta, y marcha sumergido en un mar de reflexiones.

Interesado por la suerte de Clotilde á quien mira padecer con una resignacion evangélica, no aparta los ojos de ella, enviándole una mirada de dulce compasion y de paternal interes.

Inés, como si hubiera hecho completa abstraccion de los goces del mundo, marchaba con los brazos cruzados y la cabeza sobre el pecho, sumergida tambien al parecer, en profundas reflexiones.

Clotilde, sentada al lado de su querida amiga, iba ocupada en recorrer las breves páginas de un libro de oraciones á la Virgen, con la cabeza graciosamente inclinada, medio cubierto el rostro con el finísimo velo de la mantilla, y puesto el dedo índice de la mano derecha sobre su cándida megilla, como el númen de la Honestidad que va indicando que no tiene nada de que avergonzarse.

El polvo y el gentío eran cada vez mayores.

De repente hizo alto el coche en el sitio destinado á los carruajes, y los tres personajes desmontaron.

Pero dejémosles que se dirijan al templo que es el primero y principal negocio que desempeña toda persona que concurre á esta fiesta, y contemplemos el animado cuadro que descubre á la vista del europeo aquel conjunto de tipos y de trages eterogéneos que tanto llaman la atención del filósofo y del viajero observador.

Mirad esa inmensa plaza llena de gente

de todas clases, edades y sexos, que apenas deja libre el paso para poder llegar á la iglesia; ved por todas partes las mas exquisitas frutas de todos los climas y zonas; la sabrosa chirimoya, la delicada anona, el encarnado mamey, el rico plátano, el suave zapote, la fragante guayaba, el amarillo y exquisito mango, la dulce naranja, la caña de azucar, la lima, el coco, y otras mil que seria prolijo mencionar. La mayor parte de las vendedoras son indias que han venido de distintos pueblos, cargando ellas mismas sus efectos en voluminosos *guacales* (1). Vedlas debajo de los sombreros que formando calles se extienden por la espaciosa plaza. Ahí las teneis tales cuales eran en el tiempo de la conquista; sin variacion ninguna en sus facciones y modales, pues aún se conserva pura esta raza, sin que se haya cruzado con la europea. Ahí las teneis, repito, hablando entre ellas el mismo idioma que hablaban antes de que Hernan Cortés

(1) Especie de cajon hecho de palos entrelazados y algo separados unos de otros.

pisara su suelo, y un mal castellano, (lengua que se habla en todo el país) cuando la gente se acerca á comprarlas sus efectos. Su tez es bronceada; chata la nariz; los ojos grandes, negros, hermosos y con largas pestañas; blanquísimos los dientes; grueso, lacio y negro como el azabache el pelo que llevan en trenzas entrelazadas con cordones de lana encarnada; robusto el cuerpo, y elevado el pecho. El traje lo forman una tela ordinaria de lana azul listada, ceñida al cuerpo, que constituye sus enaguas, sostenidas por un ancho ceñidor de algodón de encendidos colores, y una tela de lana listada de colores á que dan el nombre de *quitzquémel*, y que, metiendo la cabeza por una abertura practicada en medio, cae sobre el pecho y la espalda. En cuanto al calzado, generalmente no lo usan.

No se puede ver este crecido número de indios de ambos sexos hablando el idioma azteca, y pregonando en mal castellano sus efectos, sin sentirse trasportado por la imaginacion á aquel gran mercado de la grandiosa plaza de Tlaltelulco que describe

Hernan Cortés, y á la cual concurrían diariamente 30.000 personas. ¡Qué misterioso atractivo encierran ese conjunto de individuos que presentan la fisonomía primitiva de un gran pueblo que dejó de existir como nacion, y cuyos restos sobreviven á la ruina de sus monumentos y de sus grandes hombres!

Pero examinemos el exterior de la magnífica iglesia en que se venera la excelsa imágen de Nuestra Señora.

Situado el Santuario al pié del cerro y en la espaciosa plaza que está á pocos pasos de la puerta que da entrada á la poblacion, parece una madre cariñosa que se adelanta á recibir á sus amados hijos. La fachada principal que está cubierta de relieves, hechos sobre piedra sillar, pertenecen al estilo *churrigueresco*.

Sin embargo, á pesar de que allí se ven reunidos todos los géneros arquitectónicos, defecto de que adolecen la mayor parte de los edificios de fines del siglo XVII y principios del XVIII, pertenecientes á la escuela de Churriguera, el conjunto es gran-

dioso y agradable. El átrio, que es ancho y cómodo, está perfectamente enlosado, y resguardado por una alta balaustrada de hierro, que descansa sobre un zócalo de piedra sillar: las puertas del templo son altas, anchas y de exquisita madera, perfectamente labrada; sólidas las torres, y de bastante gusto el cimborrio.

Pero ¿quiénes son esos dos hombres que tratan de atravesar á prisa por medio del gentío, abriéndose paso con los codos?

—¿No los descubres aún?

Dijo uno de ellos.

—No señor; tenemos tanta gente delante, que los he perdido de vista.

—¡Reniego de mi fortuna! Ven por aquí.

Exclamó el que parecía amo, logrando abrir camino por entre las olas de gente que cruzaba en todas direcciones.

—Allí los veo.

Dijo el criado dirigiendo la vista por el claro que habian dejado por un momento dos grupos que, al chocarse, se abrieron á uno y otro lado.

—¿Dónde?

—Acaban de entrar en la iglesia; pero no he visto al jóven que vd. me indicaba.

—Iba delante de ellos, y habrá entrado antes.

—Seguramente, señor Willey.

—Entonces no hay cuidado: allí le encontraremos.

—Ya estamos cerca.

—Tú, Julian, como te he dicho, vigila sobre él en cuanto te lo dé á conocer.

—Pierda vd. cuidado, señor doctor.

Pocos instantes despues, los dos penetraban en el Santuario.

La iglesia estaba suntuosamente adornada.

Multitud de elegantes lámparas de plata cubiertas de velas de blanca cera, colgaban de su alta bóveda.

Sobre el altar, que es de plata, se veian ricos candelabros y blandones del mismo metal.

Mil gallardetes de variados colores, sosteniendo doradas jaulas con canoras aves de brillante plumaje, descendian del lujoso techo.

La larga y magnífica crugía de plata que se extiende desde el coro de los canónigos hasta el altar mayor, brillaba con las mil y mil velas que por todas partes derramaban su luz, como las limpias aguas de un lago al elevarse el sol al cenit.

Las dulces armonías del órgano sonoro se derramaban en aquel instante por todos los ámbitos del templo.

Las oraciones de millares de personas puestas de hinojos ante la Madre del Salvador, se elevaban al cielo mezcladas entre el rezo del sacerdote y las dulces nubes de blando incienso que perfumaban aquella cristiana atmósfera.

Julian tomó agua bendita y se santiguó con religioso respeto.

Willey, al verle, se sonrió desdeñosamente, y se dirigió, seguido del primero, hacia un lado de la iglesia, fijando la vista en todas las personas.

De repente se detuvo.

Julian hizo lo mismo.

—Allí están.—Dijo el primero.

—Sí; ya los he visto.

Y ambos se quedaron observando á Don Emilio, Inés y Clotilde, pues no eran otras las personas de quienes poco antes habían hablado.

—¿Y no descubre vd. al jóven que venia delante de ellos, y que es el que nos interesa?

Preguntó Julian.

—No; pero no debe estar lejos.

Y Willey siguió recorriendo con la vista todo el templo.

Clotilde y su tierna protectora estaban de rodillas junto á la crugía, sin apartar los ojos de la admirable pintura impresa sobre el tosco ayate (1) del venturoso indio Juan Diego, y que representa á la excelsa Virgen de Guadalupe.

Detras de ellas, y en religioso recogimiento rezaba tambien D. Emilio.

El doctor que seguia buscando con la vista á la persona de quien poco antes se habia ocupado, dejó asomar de repente á sus labios la sonrisa del triunfo y del placer, y acercándose al criado le dijo en voz baja:

[1] Tejido muy labiado y ordinario, hecho de yerba.

—Aquel es.

—¿Dónde está?

—Arrimado á la primer columna de la derecha.

—¿Es aquel jóven rubio que se lleva el pañuelo á la frente para limpiarse el sudor?

—El mismo: ese es Nuñez, al cual es preciso que no le pierdas de vista hasta que entre á la casa que te tengo indicado.

—Descuide vd.

—Respecto á Leopoldo, estoy seguro de que ha asistido ya á la reunion.

—Seguramente.

Dijo Julian, y siguió rezando, pero sin apartar la vista del jóven que estaba reclinado en la columna.

El doctor, enagenado con el pensamiento que le ocupaba, y acariciando el placer de la próxima venganza, no se ocupó ya mas que de Nuñez, del cual no apartaba ni un instante los ojos.

Merced á esta circunstancia, pudo salvarse de ser visto otro jóven que, de pié, colocado junto á uno de los confesonarios de la izquierda, miraba tiernamente, y de hito en

hito á la hechicera Clotilde que seguía orando fervientemente, bien agena de pensar que era el objeto de la atención de un galante doncel.

Este jóven era Leopoldo.

Desde que vió entrar en el templo al sér que diviniza y que forma el bello ideal de su existencia, se sintió clavado en aquel sitio, y sin valor para acudir á otro á que le llamaba su palabra comprometida.

Nuñez sacó el reloj, hincó una rodilla en tierra, y se dispuso á salir.

Wiley se acercó á Julian, y pegándole en el hombro le dijo:

—Vamos, que ya se aleja.

Julian se levantó, se santiguó, y siguió al doctor, que marchaba á conveniente distancia de Nuñez.

Al salir al átrio, el último tomó á la izquierda.

Wiley á quien sin duda le llamaban nuevos asuntos á otra parte, se separó de Julian diciendo.

—Síguele, y cuando haya entrado á la



casa consabida, no se te olvide de venir á avisármelo.

—Pierda vd. cuidado.

Y mientras el doctor se perdía entre el inmenso gentío que hormigueaba en la plaza, Julian seguía los pasos de Nuñez.

Entre tanto Clotilde había acabado de rezar.

Don Emilio se acercó cariñoso á ella, y le ofreció el brazo para que se levantara.

La jóven se apoyó en él, y cuando se disponía á salir y enviaba una mirada al templo para observar su adorno, sus ojos se encontraron con los apasionados de Leopoldo, y la hermosa se estremeció de placer y de sorpresa.

Don Emilio se alarmó, atribuyendo á debilidad lo que era efecto de pasión, y acortó el paso.

—¿Te sientes peor, hija mia?—Le dijo con acento cariñoso.

—Al contrario; hace tiempo que no me sentía tan bien como en este instante: la Virgen se ha compadecido de mí, y me ha enviado un consuelo celestial.

Y la hermosa, al decir esto, volvía á enviar una mirada de angélica ternura al hombre que le embriagaba con otra llena de delicias y de amor.

Era el lenguaje elocuente de dos almas que alientan un mismo pensamiento, una misma esperanza, un mismo deseo.

Leopoldo seguía con la vista al hechicero sér que embellecía su existencia, y que se alejaba tristemente, como sigue el girasol la marcha del astro principal hasta verle hundirse en un lecho de flotantes y nacaradas nubes.

Clotilde, al detenerse á tomar agua bendita, dirigió la última mirada á su apasionado amante, que bebió en ella todas las delicias inefables que reserva el amor á las almas sensitivas.

Don Emilio, mas interesado cada vez por la felicidad de su hermosa protegida, no podía arrojar de la memoria el peligro que amenazaba á Leopoldo, y hubiera hecho cualquier sacrificio por encontrarle en aquel momento para avisarle del golpe que le amenazaba.

Dominado por esta idea, y dejándose llevar del noble impulso de su corazón, le dijo á Clotilde, no bien se encontraron fuera del templo.

—¿No has visto á Leopoldo?

La jóven creyó que habian sorprendido sus miradas, y palideció.

Pero D. Emilio que nada habia visto, y que preocupado con su idea no fijó la atención en la palidez de su protegida, agregó.

—Daria cualquier cosa por encontrarle: así andaria el primer paso en la senda de la justicia para reparar los males que causé á su honrado padre.

—¡Cómo!—Exclamó Clotilde gratamente sorprendida:—¿era para favorecerle?

—Sí, hermosa mía: soy depositario de un secreto que le interesa sobremanera.

—¿Y es urgente?

—Urgentísimo.

En el semblante de Clotilde se retrató el afán y la inquietud.

Anhelaba descubrir el sitio en que se encontraba en aquel instante; pero la conte-

nia el rubor de confesar que le habia visto, cuando con su silencio habia pretendido dar á entender poco antes lo contrario.

Pero Inés que leía lo que pasaba en el corazón de su querida amiga, y que habia sorprendido la última mirada que los amantes se dirigieron en el templo, acudió en auxilio de la hermosa, diciendo con acento dulce y con ingénuo franqueza.

—Cuando acabamos de rezar y nos disponiamos á salir, le ví en uno de los lados de la iglesia.

Clotilde comprendió el sentimiento delicado que habia dictado aquellas palabras, y le envió una mirada de reconocimiento y de profunda gratitud.

—¿En uno de los lados de la iglesia? Preguntó D. Emilio con ansiedad y placer.

—Sin duda.

—¿En cuál?

—En el de la izquierda, junto á un confesonario.

—¿Estás segura de que era él?

—Segurísima.

—¡Gracias, Dios mio! ¡Ah! es preciso que le vea al instante. . . . ahora mismo.

Y D. Emilio violentó un poco mas el paso para llegar cuanto antes adonde les esperaba el coche.

Pronto se acercaron al carruaje, y no bien entraron las señoras, cuando se despidió diciéndoles que le esperasen en tanto que marchaba en busca de Leopoldo.

Inés y Clotilde no sabian qué pensar de aquel interes repentino que se habia despertado en Landeta por el hijo de su calumniado amigo.

Cierto es que desde la noche de los acontecimientos en la capilla, habia manifestado vehemente anhelo porque la conducta del padre del jóven artista apareciese tan limpia como lo indicaba el manuscrito.

Interesado en la salud de la hermosa Clotilde, y alarmado por el ataque de que la vió acometida y que afectó su naturaleza hasta el grado de temer por su vida, no tubo en asegurar muchas veces á Clotilde que estaba interesado en unirla al hombre que idolatraba, y que solo esperaba para

verificarlo, la aclaracion de la inocencia de Cabrera.

En estas y otras reflexiones favorables estaban ocupadas las dos bellas, cuando se presentó en la portezuela del carruaje un hombre.

Clotilde, al verle, palideció y dió un grito de sorpresa.

Inés hizo un movimiento de asombro, y estrechó entre sus manos las heladas de su hija.

¡Por qué?

En el capítulo siguiente lo sabrá el lector.